



OCTAVA ÉPOCA.

París 16 de Setiembre de 1800.

He acompañado á mi hermana hasta dejarla en brazos de su esposo. ¡Cuán triste fué este regreso, y sin embargo cuán grato! Esos hermosos niños, subidos en sus maternales rodillas, ¡cómo hacian flotar esa alma en lágrimas de contento! Bajo el tétrico color de su traje de luto, ¡cuánta ventura cerraba su pecho, cuánto amor brillaba en su mirada! ¡Ah! La vida se duplica en el corazón de la madre; cuando su pasado se cierra y se nubla su

ocaso, ella ve el porvenir, lleno de luz y esperanza, irradiando sobre su vejez de la frente de sus hijos; su alma se multiplica sobre ellos para amarlos. ¡Oh casto amor! ¿no habrá también hiel en tu copa?

.....

París 20 de Setiembre de 1800.

Antes de volver á mi nido para siempre, desean que pase algunos días con ellos, á fin de que mi pobre hermana se acostumbre por grados á las separaciones, y además, según presumo, para que antes de retirarme á mi oscuro recinto, perciba mi oído los ruidos mundanales, del propio modo que desde el pié del médano se sube á la cresta para escuchar el estruendo de las olas y ver la tempestad.

¡Oh! ¡Cómo han conturbado mis sentidos los rumores del mundo! ¡Qué huracan del alma sopla en París! ¡Cómo resuena á lo léjos su pujante voz que rebrama, llena de las mil voces del pueblo que lo inunda, semejante al Océano que hincha sus olas, las cuales suben y bajan prorumpiendo en lúgubres sollozos! ¡Oh! ¡Cuántos gritos dolorosos, cuántos clamores fatales, angustias, terrores y convulsiones hay en las grandes voces de las grandes capitales! Créese distinguir en ellas el acento de las pasiones que, soplando desde el infierno sobre ese millon de almas,

hace que choquen entre sí esos hombres y esas mujeres, remontando sus clamores al cielo como un flujo, y no formando sino un solo grito de mil gritos confusos; ó parece también que se percibe el ruido de las sienes de la tierra que la fiebre hace latir con espantosa fuerza en las arterias. ¡Qué peso abrumba el alma al penetrar en esos muros, al ver circular por esos impuros canales esos torrentes animados y esa oleada humana, arrastrada en sentido contrario por una corriente invisible, que flota eternamente en su propio lecho y cuyo agitado movimiento se ve sin discernir su objeto!

¡Qué tempestuosa nada, qué mar de tristeza me oprime y me hiela siempre que entro allí! No parece sino que ese pueblo en el que yo también voy á ondular, ha de ahogarme en el piélago de ese abismo sin fondo; que la mirada de Dios me pierde entre esa muchedumbre; que gravita sobre mí solo todo el peso de esa marejada; que su inmenso tedio y su agitación me arrastran, débil y aislado, con su poderosa atracción; que la simpática fiebre de esas pasiones se me inoculará también al ponerme en contacto con ese pueblo; que su alma trabaja y sufre en mi seno, que tengo sed de su sed, hambre de su hambre, que sus crímenes mancillan mi sagrado traje, que, girando en sus movedizos abismos, yo no soy para él más que una gota de agua que no hace bajar ni subir su nivel, una salpicadura de su espuma, un

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO RUIZ"

Apdo. 2025 MONTERREY, MEXICO

poco de su cieno, un alga de sus orillas que él ensucia y aplasta, y que si llegara á caer á su paso, esa muchedumbre no se detendría al oír mis gritos, sino que, cual máquina lanzada á toda marcha, pasaría sobre mi cuerpo sin pensar siquiera en ello!...

Además ¿deberé confesarlo? Aquí existe un motivo perpétuo de tristeza y de espanto para mí; sin notarlo, me pongo temblando á pensar, á decirme: «¡Aquí respira Laurencia! Ese ruido lo oye ella, ese cielo es el que ve, este el empedrado que pisa, esta el agua que bebe; en este océano, en este inmundo desierto está sepultada esa pura perla en el mundo!» Cuando levanto los ojos hácia esas brillantes moradas en que los millares de luces de la noche resucitan el día; pienso al divisar una sombra en la ventana: «Esa sombra que veo, tal vez será la suya.» Cada coche que pasa junto á mí me parece que se la lleva, ese coño con el que acaba de tropezar el mío de noche, la huella de ese pié, el vestido con que rozo, ¿quién sabe si será?... De todo lo que veo brota para mí una punzante angustia que me asalta con rigor: percibo acentos que me estremecen; oigo nombres que hasta ruborizan mi alma; tiemblo al fijar la mirada en una mujer; me estremezco al pensar que si encuentro por casualidad su rostro, llegue á morir mi corazón, fulminado por una mirada. Luego regreso á mi vivienda con el ánimo postrado de cansancio, pero siempre perseguido por los gritos de esa multitud, encontran-

do el aislamiento, pero nunca el reposo, con el corazón amargo y vacío y lleno de mil ecos. El ruido atronador de la tempestad humana, sube, brama sin cesar y me aturde; y solo, sin que caiga sobre mí una gota de fe, apenas oigo ¡ay! á mi corazón que reza dentro de mí.

¡Oh noches de mi montaña! Hora en que todo vuelve al silencio bajo el cielo y en mí; luna que se balancea bajo las plateadas capas del blanco álamo que la brisa del lago apenas inclina; cándidos fulgores del cielo difundidos por la yerba como lienzos extendidos del lino recién lavado; susurro furtivo de las brisas ó del agua; lejanos ladridos del perro que á intervalos resuenan; armoniosos trinos del ruiseñor posado en las copas de los árboles, silencio en mi alma, ó cuando más algunos murmullos íntimos que una calma universal acallará en breve, y que se convertirán en piadosos suspiros al volver á Dios mi mente! ¡Cuán despacio transcurre el tiempo! ¡Oh! ¿Cuándo os volveré á ver?

Paris, 21 de Setiembre de 1800.

¡Qué espectáculo haceis presenciar, oh Señor, á vuestros ángeles, en esos grandes choques de ideas y en esas luchas extrañas! ¿Quién puede conocer

vuestro designio sobre este pueblo? Vos, oh gran Dios, habeis dotado su seno de dos almas; la una, guiada por un instinto vago hácia lo desconocido, sondea el mar de la duda y descubre la idea; amasando el verbo en su mano, le da la forma que más palpable la hace á la mente humana; la extrae como oro de su mina profunda, y la acuña cual moneda para uso del mundo: la otra, alma de soldado, siempre firme y alerta, hierve en su pecho cual divino volcan, aspira á los cuatro vientos el hálito de la guerra, y toma toda la tierra por campo de batalla; y obrando á la vez por medio de esta alma doble, sirve á Dios con su corazon y al hombre con su sangre, asemejándose en nuestros dias al pueblo de Moisés, dividido en dos partes por el profeta para trabar el combate, una en el valle muriendo por Israel, otra en las alturas elevando sus manos al cielo!...

Para lanzar á todos sus hijos á lucha desigual, Paris parece la gran capital de los campos; véense entrar por cada puerta sus batallones, cual mieses renacientes de sus sangrientos surcos, que se encaminan cantando hácia sus catorce cuerpos de ejército para completar en los campamentos las filas diezmadadas; por do quiera circulan estandartes desgarrados por el plomo enemigo, en torno de cuyos sagrados jirones se agrupan los soldados; continuamente se oye retumbar el cañon sonoro, con la boca llena todavía de las balas vomitadas; y la ciudad al despertar tan

solo ve brillar á los rayos del sol espesos bosques de fusiles.

¡Y cuán pródiga de su vida es esta muchedumbre! ¡Qué de pronto se ha sometido al grande hombre! Ella, que no podia soportar un yugo más suave, abraza las rodillas del tirano de su gloria, inclínase sumisa ante su nervioso continente, acepta sin trabajo su ruda disciplina, y al plegarse á su férreo puño, parece el cuello de su caballo ó el guante de su mano! ¡Ah! Es que tambien tiene el pueblo ese rápido instinto que le induce á lanzarse tras los pasos de su guía; es que al verse la débil humanidad en peligro ha recibido del mismo Dios el instinto de la unidad, y es que, para que un grande hombre haga de ella un gran pueblo, es preciso que el bronce extravasado corra bien en el molde.

Sin embargo, ¿á dónde los arrastra ese vago impulso? ¿Por qué van á pelear y á morir tan alegremente? ¡Su espíritu lo ignora, pero su instinto lo sabe de antemano: van como una bala, á donde la fuerza de impulso los lanza, á conmover el presente, á derribar el pasado, á borrar bajo tu dedo algun imperio ya borrado, á hacer sitio en la tierra á algun destino invisible para nosotros, mas ya nacido para tí, y que tú contemplas en todo su esplendor allí donde nosotros no divisamos todavía sino polvo y ruinas!

¡Así, Señor, tú haces de todo un pueblo el arma misteriosa de algun gran misterio, mientras las na-

ciones, sin conocer jamás tus planes sobre el universo, trabajando desordenadamente en la trama de los tiempos, guiadas por tu mirada sin saberlo, son en la mano de Dios instrumentos de ideas! Y el hombre, que no ve sino polvo y sangre, y que cree á Dios muy léjos, se engaña maldiciendo; aprisionado en los estrechos límites de su pensamiento, no sabe que una obra terminada sirve de comienzo á otra obra, y que para que la espiga divina pueda germinar en ella, se labra la tierra antes de sembrarla.

¡Oh! ¡Cuán mezquinos son nuestros juicios y cómo excitarían la risa del que supiera leer en el libro de Dios! ¡Cuán poco comprendemos los desenlaces de la suerte!

La caravana humana estaba acampada un día en ciertas selvas que orlaban una ribera escarpada; y no pudiendo proseguir su marcha, buscó en los robles un abrigo contra el sol y el viento; las tiendas, con sus cuerdas enlazadas á las ramas, formaban alrededor de los troncos ciudades y pueblos, y los hombres, diseminados por espesas praderas, comían su pan á la sombra y conversaban en paz. De pronto, como si los acometiera un furor insensato, levántanse impulsados por la misma idea; asestan hachazos á los troncos, derriban á sus piés esas copas en que se habían multiplicado los nidos; y las fieras de los bosques, saliendo de sus guaridas, y las aves, ahuyentadas de los árboles seculares, contemplaban tanta ruina con

miradas de horror, sin comprender el objeto de aquella tarea, y maldecían de todo corazón á aquella raza estúpida encarnizada en su propio daño que destruía hasta la sombra que la había protegido! Pues bien, mientras las bestias feroces se compadecían del hombre y se llenaban de pesadumbre en sus madrigueras, el hombre, prosiguiendo afanoso en su sublime obra destructora, había derribado los troncos á modo de arcada sobre el abismo, y los árboles tendidos de una á otra orilla, cubrían y atravesaban el río; entonces la caravana, continuando en paz su interrumpido viaje, lograba pasar á la orilla opuesta.

Del propio modo, el tiempo, conducido por el mismo Dios, pasa sobre lo que ha destruido para continuar su marcha. ¡Espíritu Santo! ¡Guíalos, cual otro Moisés, por caminos de paz á la tierra prometida!

.....

París, 21 de Setiembre de 1800 por la noche.

¡Qué fiebre! ¡oh, disipad la imágen que me mata!
 ¿Es un sueño, una sombra? ¿Es ella la que he visto?
 ¡Sí, ella era; mi corazón no puede engañarse! ¡Nadie sino ella podría descargar en él tan rudo golpe!
 ¡La he vuelto á ver!.... ¡pero señalada con el dedo, envilecida! ¡Oh! ¡Todavía faltaban estas heces en mi cáliz!

Anoche fui á un templo para oír predicar la palabra de Dios por un anciano que ha logrado escapar del martirio, y cuya voz ha recobrado su imperio sobre este pueblo. La iglesia estaba llena de gente. Oculto yo en la sombra, al pié de una oscura columna, á la cual llegaban oblícualmente los inciertos resplandores de los cirios que ardian á centenares en el coro, esperaba que el pueblo lo hubiese inundado todo, desde las tribunas al presbiterio; y con la frente apoyada en las manos y el cuerpo en la columna, oía sin ver los pasos de las personas que entraban, y en torno mio los grupos de curiosos que hablaban en voz baja recorriendo con la vista todos los ámbitos del templo.

De pronto se levantó un murmullo inmenso como el que producen las espigas en los surcos cuando empieza á soplar una fuerte brisa; percibí el roce del aire, y mi frente sintió el viento que unas plumas oscilantes enviaban á mi ardorosa piel. La muchedumbre compacta se apartaba por sí misma dejando el paso franco, y luego volvía á juntarse de pronto tras la persona que habia pasado. Todo eran rumores, exclamaciones de sorpresa y de admiración. Un instinto maquinal me hizo volver la cabeza para ver el encantador objeto que así distraía á los fieles; pero ya no estuve á tiempo, la mujer habia pasado; el surco que habia abierto en la iglesia estaba casi borrado; y solo ví su talle y sus hombros desnudos, donde entre

flores ondulaban unas trenzas sueltas, anunciadas, precedidas y seguidas por do quiera de sonrisas amorosas.

—¡Es ella, decía un jóven, sí, ella es! ¿Hay otra tan bella en ese cielo que se nos promete? No, jamás han resonado en este sagrado lugar los pasos de ángeles tan divinos como ese ángel.

—¿Ella? le respondía otro; más bien será su sombra, porque ella teme hasta acercarse al templo, y sus hermosos piés, siempre seguidos de una multitud de adoradores, no han pisado nunca las losas de estos lugares para venir á rezar en ellos. Este es su único defecto: ¡ah! dícese que esa tierna mujer ha entregado su alma á la desesperación: jamás se la ha visto en estos sitios; ella, que hace creer en el cielo, no cree sin embargo en Dios!

—Pues es ella: ¿quieres una prueba? Mira su cinturón y su collar de viuda. Mira el que le acompaña.

—¿Y qué?

—¿Y qué? Que es el mártir de ayer y el escogido de hoy. Hará bien en apresurarse á disfrutar de su ventura, porque mañana..... ¡Qué lástima que una belleza tan pura sea tan voluble! Mejor dicho: ¡qué fortuna que haga circular la copa en que cada cual desea embriagarse y morir!

—Pero ¿qué vendrá á hacer al sermón?

—Viene á distraerse como nosotros, á oír palabras de candenciosa entonación ó piezas musicales toca-

das en el órgano y que ella no ha danzado en los salones, pues se dice que desde su primera aventura le gusta mucho oír de noche el murmullo del órgano, sin duda como recuerdo del grato rumor que oía en las montañas con su primer amante. ¿Ya sabes, eh?....

En esto el sacerdote se presentó en el púlpito, y recitando en voz baja el texto de su plática, les hizo guardar silencio: habló de la dicha que se experimenta muriendo por la fé, de los mártires inmolados en defensa de la Iglesia y del rey, y evocando un recuerdo sobre los huérfanos por ellos dejados, arrancó sollozos y suspiros de su inmenso auditorio. A los ojos de todos los circunstantes asomaban compasivas lágrimas; todos entregaban su piadoso óbolo; una mujer, que según decían era huérfana también, emblema de los desastres de aquellos tiempos, precedida del sacerdote y llevando una bolsa en la mano, iba abriéndose paso entre los conmovidos circunstantes, y haciendo resonar las monedas, solicitaba la piadosa caridad de los fieles. Solo se oía el acento de su tímida voz, los golpes que el sacerdote daba con la cruz en las baldosas, ó el monótono ruido que el dinero sagrado producía al caer en la urna de las limosnas; en breve se acercó á las filas próximas á la mía; mi mano buscaba ya en el seno el óbolo del altar, cuando, al levantar la cabeza, mis ojos se encuentran con los suyos quedando fijos en ellos, y, como fascinados por la mirada que en vano quieren

esquivar, cada una de las nuestras sigue á la otra que la sigue á su vez. Parecía cual si ella procurase distinguir desde lejos al través de una nube mis facciones, y yo veía las suyas presentarse ante mi vista como sombra que se remonta desde el fondo de un recuerdo. Aquella fatal imagen penetraba más radiante en mi corazón á cada paso que daba; pero á medida que mis ojos deslumbrados y sumergidos en los suyos, contemplaban con fijeza su intensa mirada que no se apartaba de la mía, la veía palidecer y convertirse en estatua, como si toda su sangre se escapase por su vista; con la pupila inmóvil, el pié levantado, inclinado el cuello y el brazo extendido hacia donde yo estaba, dió un paso, retrocedió, buscó en su pasmado seno un grito que espiró al nacer, y luego, perdida la color, la voz y la vista, cayó inanimada en los brazos del santo anciano. Yo mismo, sin exhalar un grito, sin hacer un movimiento, quedé muerto de su muerte; é ignoro lo demás.

.....

Quando volví en mí como si saliese de una tumba, la iglesia estaba silenciosa y vacía; una sola luz brillaba como una estrella en la bóveda; la brisa nocturna hacía resonar los ventanales; el reloj dió las ocho, y fuí avanzando de pilar en pilar con callado paso: á fuerza de dolor tenía aniquilada el alma.

Verla, ¡era ya demasiado! pero ¡verla infamada, caída, ángel de ilusión, befa y escándalo del mundo,

por culpa mia, por mi amor, por mi virtud quizás!
 ¡Oh! ¡Qué duda mortal renace en mí! ¡Angel á quien
 la dicha habria santificado, oh Dios, seré yo.... sí, yo
 soy quien te ha sacrificado!

.....

ESTANCIAS Á LAURENCIA.

22 de Setiembre de 1800.

¡Oh ángel de otro tiempo, ahora infeliz mujer! ¡Oh
 Laurencia, no te equivocabas; sí, yo era, yo, que
 buscaba la mitad de mi alma, y que la lloro en tí!

Vives ¡pero con qué vida, oh cielo! ¡Qué extrañas
 frases! Tú, diamante engarzado en cobre y plomo,
 que Dios dejó caer en el camino de los ángeles, y que
 el impío ha recogido!

Acuérdate de ese cielo que vimos juntos tan cer-
 cano..... del dia de nuestro encuentro y del de nues-
 tra separacion; ¡sí, fuí un asesino! sí, esta mano te
 inmoló, pero en holocausto de Dios!

Sacrificio insensato que tu falta condena, estéril
 inmolacion de mi corazon agitado, porque lo que yo
 respeté, otro lo profana, y el infierno se rie de mi
 virtud.

¡Oh Laurencia! ¡Vuelve á acogerte al Dios de tus

años juveniles! ¡Vuelve al amigo!.... ¡Gran Dios! En
 mi dolor, no habia conservado en la tierra más que
 una imágen: no la mancilles en mi corazon.

Vuelve, vuelve al cielo que te llora y te ama: vuel-
 ve, ya que no por tu alma, oh Laurencia, por la mia!
 ¡Y si necesitas purificarte con el agua de un nuevo
 bautismo, mis ojos la vierten para tí!

Aquí dos, uno allá arriba. No se ha roto, no, el
 invisible vínculo de nuestra doble existencia: tu cora-
 zon sube y se purifica en mi corazon, ó el mio mana
 sangre con el tuyo!

¡Oh! Cuando al entregar tu alma á impuras volup-
 tuosidades, mancillas esa cándida azucena que yo
 guardaba para tí, ¿piensas alguna vez en que llenas
 de asquerosa inmundicia ese corazon en que Dios se
 habia contemplado?

¿Piensas alguna vez en que enturbias esa cristalina
 onda, que muy léjos de deber empañarla el humano
 aliento, no debia reflejar al sol de este mundo sino
 un recuerdo y una esperanza?

¡Y yo que te veia, oh Laurencia, en mis sueños y
 á través de tantas lágrimas, viviendo castamente con
 un esposo, con una sombra en la frente, una esperan-
 za en el corazon y unos hermosos hijos en tu re-
 gazol!.....

.....

París, 26 de Setiembre de 1800.

¡Noche funesta! Desde que he vuelto á ver á Laurencia y conozco las señas de su morada, siempre que salgo encamina mis pasos el instinto hácia ese hogar de mi cielo, cuyo umbral no traspongo, pero ante el cual permanezco, oculto por las nocturnas tinieblas, escuchando si sale de él alguna voz del cielo ó de la tierra, como Adán, expulsado de los jardines del Señor, escuchaba cómo se alejaban las voces de su perdida ventura,

Hoy, como ayer, salí al amparo de las sombras de la noche; el encapotado firmamento rodeaba la morada de Laurencia de mayor oscuridad, y la lluvia, lavando el empedrado con sus torrentes de agua, ahogaba el rumor de mis pasos en la calle. Con los piés en el arroyo, la cabeza bajo las canales, sentéme junto á la esquina en el borde del banco de piedra, apoyando el codo en un guardacanton, más humilde y más escondido que un pobre mendigo

Era la hora en que París, convirtiendo la noche en día, cruza las calles en sus innumerables carruajes que resuenan cual incesante trueno, y en que sus hijos, arrastrados por las vertiginosas ruedas, van al azar en busca de sus lascivos pasatiempos. Las colosales puertas de aquella casa abríanse á intervalos á los gritos de los criados y al estrépito de los carruajes, y al través de las vidrieras veía yo brillar numerosos rostros resplandecientes de la embriaguez

del baile; oía en su interior esas voces de hombres y de mujeres, esos sonidos de los instrumentos, esos zumbidos de las almas en los que el oído se esfuerza inútilmente por discernir una frase y que no son sino la brisa errante del placer: ¡cada vez que esa alegría se desbordaba fuera de las frias paredes, hundía un agudo puñal en mis entrañas, y seguramente habría sufrido mucho menos (perdona, oh Señor, mi remordimiento) si hubiera visto salir de ellas la agonía y la muerte!

Agolpábase á mi imaginacion un confuso tropel de ideas: ¡si me presentara de improviso en medio de las fiestas, si hiriendo de una mirada sus ojos petrificados, cual reminiscencia de una época olvidada por su corazón, y derribando con el pié esos vasos de delicias, aterrara todos esos vicios con el nombre tonante de Dios; si sacando á ese ángel del corrompido ambiente que le rodea, le devolviese la inocencia y la vida?... Mas ¡ay! ¿con qué derecho? ¿Soy todavía su padre? ¿No he renunciado hasta al dulce título de hermano? Desde el momento de nuestra separacion, ¿no somos extraños el uno para el otro en todas partes, excepto en Dios? ¡Oh! ¡Tan solo en el seno de Dios y en el del silencio me es dado bendecir, orar, llamar, llorar y buscar á Laurencia! ¡Y cuando hubiera deseado morir cien veces por ella, no puedo, oh Dios mio, volar solo en su auxilio! Al considerarlo así, abrazaba la helada piedra del guardacanton y

mis ojos se deshacían en llanto y mis labios en ple-
garias.

.....
 ¡Perdónala, Dios mío, si busca en la tierra ese amor que, siendo tan niña, pusiste ante sus pasos; perdónala si después de haber vivido dos años de esas delicias, le absorba aún en profanas copas! ¡Ah! Yo solo, Señor, yo he hecho en su corazón ese vacío que no puede llenar una dicha glacial: ¡caiga sobre mí la pena con el crimen! ¡Hierre, Dios mío, al tentador, pero no á la víctima! ¡Oh tierno, oh buen pastor! Ampara en tus amorosos brazos á esa oveja prendida en los lazos terrenales; ampara á esa alma que aspiró el amor con la vida, y que todavía le sigue absorbiendo en su manantial agotado! Si tú no hubieses roto su copa entre sus dientes, ¿quién sabe lo que el cielo habría vertido en ella? ¿Quién sabe cuántos tesoros encierra aún esa alma? ¿Quién sabe cuántos perfumes se derramarían de ella á tus piés, cual de los cabellos de otra Magdalena, para lavar con su llanto sus pecados olvidados? ¡Oh! ¡Que mis lágrimas, Señor, sean acogidas por vos como si brotaran de sus párpados! ¡Que mis noches sin fin, mis ayunos, mis oraciones, y el agua que mis ojos vierten sirvan para redimir su culpa!

E iba ya á hincarme de rodillas, cuando los bulliciosos grupos que salían del baile me despertaron de mi celeste éxtasis con sus alegres carcajadas.

.....
 El ruido había cesado y retirádose todos los concurrentes: rechinaron los goznes y cerrojos de las cerradas puertas, y de pronto oí que se abría un balcón sobre mi cabeza: la luna acababa de aparecer en el cielo; la sombra de los balcones, cubriéndome con su manto, me sumía en la oscuridad, desde la cual podía verlo todo. Asomóse una mujer al balcón: ¡era ella! ¡Oh Dios mío, aunque pálida y hastiada, cuán bella estaba! El contacto del mundo, ¡cómo había madurado en su precoz estío, pero sin ajarla, su hermosura angelical! Y á pesar de aquel traje y de su diferente aspecto, ¡cómo encontraban mis miradas en todos sus rasgos característicos al primitivo Laurencio! Él había crecido en ella, pero ella seguía siendo él! Su cabeza inclinada parecía soportar un intenso tedio; apoyaba un codo en la dorada baranda, y su mejilla, alumbrada por la luna, carecía de color y de brillo: sus blondos cabellos, desprendidos ya de su frente, flotaban sueltos sobre el barandaje, y hasta mí llegaba el olor de la brisa que los acariciaba y que se escapaba en perfumes del oro de cada trenza. ¡Oh! ¿Cómo no hubiera embriagado mi corazón el balsámico aroma de las flores que caían de sus cabellos?.....

Levantó la cabeza, y estuvo largo tiempo contemplando la luna, como aquel á quien molesta una imagen; exhaló un lento suspiro, extendió los brazos,

y llevándolos luego á su corazon prorumpió en ¡jay! Despues con acento y mirada distraidos, murmuró entre dientes nuestra cancion de la montaña, cantó algunas frases con voz trémula y baja.... pero faltóle el aliento y las notas se convirtieron en sollozos, hasta que interrumpiéndose como con violencia, cerró el balcon, y todo volvió á quedar en silencio!

.....

¡Oh! ¡Mi imagen, Laurencia, estaba entonces en tí! Sólo mediaban dos pasos entre mi cielo y yo! ¡Tan sólo una oleada de aire que atravesar para remontarme á él! ¡Un solo aliento que exhalar, un nombre que pronunciar! ¡Y mi amor perdido volvía á mis brazos, y ni el cielo ni el infierno le arrancarían ya de ellos! ¡En mis oídos resonaba el dulce eco de su voz; el aire que ella respiraba le llevaba mi aliento; bastaba un grito emanado del corazon, un ademán, un movimiento, para que nuestros dos corazones se confundieran en un solo latido, y para que nuestras almas saciadas atravesaran de un solo impulso para reunirse el abismo de nuestras vidas! ¡Tú triunfaste, Dios mio, de mi fragilidad; mi silencio volvió á poner entre nosotros la inmensidad del vacío! Alejéme de allí temblando, seguido de su sombra, y volví á entregar mi alma y la suya en tus manos.

.....

En camino, 26 de Setiembre de 1800.

La nueva aurora no me alumbró ya en París, y mi corazon se encuentra en las montañas á donde encamino mis pasos.



